



BRUTO

BRUTO.

BRUTO.

El progenitor de Marco Bruto era Junio Bruto, cuya estatua de bronce pusieron los antiguos Romanos en el Capitolio en medio de las de los Reyes, con espada desenvainada, para dar á entender que fue quien tuvo aliento de arrojar de Roma á los Tarquinos. Mas aquel, teniendo un carácter áspero y que no habia sido suavizado por la doctrina, sino que se conservaba con el temple del mas duro acero, llevó la ira contra los tiranos hasta dar muerte á sus propios hijos; pero este cuya vida escribimos, templando sus costumbres con la educacion y la elocuencia por medio del estudio de la filosofia, y despertando con el manejo de los negocios su índole firme, aunque benigna, parece que se dispuso y preparó con mayor cuidado al ejercicio de la virtud; de manera que aun los que no le miraban bien por la conjuracion contra César, lo que hubo de generoso y noble en esta accion lo atribuian á Bruto, y lo que esta tuvo de atroz y repugnante lo echaban sobre Casio, que aunque era deudo y amigo de Bruto, no era en sus costumbres igualmente sencillo y puro. El linaje de su madre Servilia subia á Servilio Ahala, que aspirando Espurio Melio á la tiranía, y moviendo con esta mira sedicion en el pueblo, tomó un puñal bajo la ropa, y bajando á la plaza se puso al lado de Melio, como que tenia que tratar con él algun negocio, y al inclinarse este para oírle le hirió y mató. En este punto no hay disputa; en cuanto al linaje paterno, los que por la muerte de César mostraron enemiga y encono contra Bruto, dicen que no sube al que expelió á los Tarquinos, porque no le quedó sucesion despues de haber dado muerte á los hijos; sino que este era plebeyo descendiente de un mayordomo de Bruto, y que hacia poco habian aspirado á las magistraturas; pero el filósofo Posidonio dice que aunque fue cierto murieron los dos hijos de Bruto, quedó otro tercero todavía muy niño, de quien aquel linaje provenia; y que en

243
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

algunos varones señalados de la misma familia á quienes habia conocido, se echaba de ver que su semblante tenia cierta semejanza con el que la estatua representa; mas en este punto baste lo dicho.

De la madre de Bruto Servilia era hermano Caton el filósofo, á quien sobre todos se propuso imitar Bruto, siendo su tío, y despues su suegro. De los filósofos griegos, para decir la verdad, ninguna secta le era nueva ó extraña, aunque mas particularmente se habia dedicado á las de los discípulos de Platon; y no siendo muy adicto á la Academia llamada nueva ó media, estaba decidido por la antigua. Miró siempre con admiracion á Antioco Escalonita, é hizo su amigo y comensal al hermano de este, Ariston, varon inferior á muchos filósofos en la elocuencia y erudicion, pero en su probidad y modestia comparable á los primeros. Por lo que hace á Empilo, de quien él mismo y sus amigos hacen mención en sus cartas, tratándole igualmente de su comensal, era orador y dejó un relacion pequeña, pero no despreciable, de la muerte de César, la que se intitulaba *Bruto*. Ejercitóse este en latin lo bastante para las arengas y para las contiendas del foro, y en griego se descubre por algunas de sus cartas que se dedicó á imitar la concision sentenciosa de los Espartanos, como cuando escribió á los de Pérgamo, hallándose ya en la guerra: « Oigo que habeis dado dinero á Dolabela: si lo habeis dado por vuestra voluntad, reconoced que habeis hecho mal; y si ha sido por fuerza, hacédmelo ver con darme á mí voluntariamente. » Otra vez á los de Samos: « Vuestros consejos celebrados con negligencia, y vuestros auxilios tardios, ¿qué fin pensais que tendrán? » En otra carta acerca de los de Patara: « Los Jantios por haber despreciado mi beneficencia hicieron de su patria el sepulcro de su simpleza; y los Patareos que se pusieron confiados en mis manos para todo, gozan de su libertad: está, pues, en vuestro arbitrio el optar entre el juicio de los Patareos y la suerte de los Jantios. » Este es el estilo de sus cartas.

Siendo todavía jóven, hizo viaje á Chipre con Caton, su tío, enviado contra Tolomeo. Como este se hubiese quitado á sí mismo la vida, teniendo Caton necesidad de detenerse

en Rodas, le habia sido preciso mandar á Canidio, uno de sus amigos, para la custodia de aquellos grandes intereses; y temiendo que este podia no preservarse puro de ocultacion, escribió á Bruto que se dirigiera sin dilacion á Chipre desde Panfilia, porque se hallaba allí convaleciendo de una enfermedad. Embarcóse, pues, aunque muy á su pesar, ya por sentir ajada la opinion de Canidio, maltratado con esta desconfianza de Caton, y ya tambien porque todo aquel cuidado y escrupulosa diligencia, siendo todavía jóven y dado á sus estudios, no lo miraba como muy liberal ni como muy propio de su persona. Con todo se venció en esto á sí mismo hasta merecer los elogios de Caton; y habiendo reducido á dinero toda aquella riqueza, encargándose de la mayor parte de los caudales, se embarcó para Roma.

Cuando ya la república estuvo dividida en dos parcialidades, habiendo tomado las armas Pompeyo y César, y el gobierno se puso en desorden, parecia cosa cierta que Bruto seguiria el partido de César, porque su padre habia sido muerto poco antes por Pompeyo; pero anteponiendo el interes comun á los personales y propios, como juzgase que la causa de Pompeyo para la guerra era mas justa que la de César, abrazó la de aquel; y eso que antes cuando se encontraba con Pompeyo, ni siquiera lo saludaba, teniendo por grande abominacion dar la palabra al matador de su padre; pero entonces se puso á sus órdenes, mirándole como caudillo de la patria, y pasó á Sicilia en calidad de legado de Sestio, á quien habia cabido en suerte aquella provincia. Mas viendo que nada señalado podia allí hacerse, y que ya estaban al frente uno de otro Pompeyo y César para disputarse el mando de la república, partió para la Macedonia, deseoso de tener parte en la contienda; y se dice que contento y maravillado Pompeyo, cuando fué á presentársele se levantó de su asiento y le abrazó como á persona muy distinguida y aventajada en presencia de todos. En el ejército, las horas que no estaba al lado de Pompeyo, las empleaba en escribir y en los libros, no solo en el tiempo anterior, sino cuando ya se iba á dar la batalla de Farsalia. Era el rigor del verano y hacia un excesivo calor, estando acampados en un país pan-

tanoso; y como no llegasen con tiempo los que le traian la tienda, fatigado con este incidente, apenas á medio dia pudo unirse y comer un bocado; y mientras los demas dormian ó tenian la atencion puesta en lo que iba á suceder, él se estuvo escribiendo hasta la tarde, ocupado en ordenar un compendio de Polibio.

Dícese que César no dejó de tener cuidado de Bruto; sino que en la batalla previno á los gefes que tenía cerca de sí que no le matasen, y antes le guardasen consideracion, llevándole á su presencia si voluntariamente se prestaba á ello; pero que si hacia resistencia, lo dejaran y no lo violentasen; y que esto lo hacia en obsequio de la madre de Bruto, Servilia, porque siendo jóven habia tratado á esta que se mostraba muy prendada de él; y habiendo nacido Bruto en el tiempo en que estos amores se hallaban en su mayor fuerza, estaba creído de que habia nacido de él. Refiérese asimismo que cuando en el Senado se estaba tratando de aquella terrible conjuracion de Catilina, que estuvo á punto de arruinar la república, contendia entre sí Caton y César, siendo de distinto dictámen. En esto le entraron á César un billete que se puso á leer para sí, clamando Caton que César ejecutaba una accion muy reparable en recibir avisos y billetes de los enemigos; y como muchos se mostrasen tambien inquietos, entregó César el billete á Caton, el cual luego que vió ser un billete amoroso de su hermana Servilia, se lo tiró á César, diciéndole: Toma, borracho; y volvió á continuar su discurso: ¡tan sabidos y públicos eran los amores de Servilia con César!

Padecida aquella gran derrota, Pompeyo se retiró por mar, y cercado el campamento, Bruto pudo anticiparse á salir por una puerta dirigiéndose á un sitio pantanoso, inundado de agua y poblado de cañas, del que marchó aquella noche llegando sin tropiezo á Larisa; y habiendo escrito desde allí, César celebró saber que se habia salvado, y mandándole que fuese á su campo, no solo le dió por quito de toda culpa, sino que le mantuvo á su lado honrándole como al que mas. Nadie sabia decirle el camino que habia tomado Pompeyo, con lo que César estaba en la mayor incertidumbre;

pero marchando solo con Bruto procuró sacarle el pecho, y habiendo juzgado por ciertas expresiones que Bruto habia conjeturado acertadamente acerca de la fuga de Pompeyo, abandonando toda otra ruta, se dirigió al Egipto. A Pompeyo, pues, retirado á este reino, conforme Bruto lo habia pensado, allí le alcanzó su hado; mas este templó tambien la ira de César respecto de Casio. Tomando por su cuenta defender en Nicea al Rey Deyotaro, quedó vencido por lo grave de los cargos; pero rogando y suplicando por él, le salvó gran parte de su reino. Refiérese que César la primera vez que oyó hablar en público á Bruto, prorumpió en esta expresion: Este jóven no se qué es lo que quiere; pero todo lo que quiere, lo quiere con vehemencia; y es que su misma entereza é inflexibilidad para no pedir nada por favor, sino obrando en virtud de raciocinio y de una premeditada resolucion, cuando ya se determinaba, le hacia emplear medios seguros y efectivos. Para las peticiones injustas era inaccesible á la lisonja; y teniendo por indigno de un hombre grande el dejarse vencer de los que son desvergonzadamente importunos, á lo que algunos llaman vergüenza, solia decir que los que no saben negar nada, le parecia que no podian haber hecho buen uso de la flor de su juventud. Al marchar César al Africa contra Caton y Esepion, encomendó á Bruto la Galia cisalpina, por buena dicha de esta provincia, porque tratando los encargados de otras á sus habitantes como cautivos, para estos era Bruto descanso y consuelo aun de los males antes sufridos; de todo lo que hacia que el agradecimiento fuese para César, de tal manera, que cuando despues de su vuelta recorria la Italia, le fueron un espectáculo muy agradable las ciudades sujetas á Bruto, y Bruto mismo que habia aumentado su gloria y le recibia tambien con reconocimiento.

Eran varias las preturas, y no se dudaba que la de mayor dignidad, llamada pretura urbana, seria de Bruto ó Casio. Dicen algunos que ya por otras causas estaban desacordados entre sí, sin que esto hubiese salido al público; y que con este motivo creció la discordia, sin embargo del deudo que tenian, porque Casio estaba casado con Junia, hermana

de Bruto; pero otros aseguran que esta contienda fue obra de César que reservadamente daba esperanzas á entrambos, hasta que excitados y acalorados uno y otro se mostraron competidores, conteniendo Bruto con su buena opinion y con su virtud contra las muchas y brillantes hazañas de Casio en la guerra de los Partos. Enterado César de la pretension, y consultando sobre ella con sus amigos, dijo: Las alegaciones de Casio son mas justas; pero á Bruto se ha de dar la primera. Nombrado, pues, Casio para la segunda, no tuvo tanto agradecimiento por la que se le dió, como enojo y encono por aquella en que fue vencido; y Bruto en general participaba del poder de César á medida de su voluntad, pues si hubiera querido, estaba en su mano el ser el primero de los amigos de éste y el de mayor influjo; sino que le retrajo y apartó el deudo y amistad con Casio, no porque se hubiese reconciliado con él desde aquella competencia, sino porque daba oídos á sus amigos que le prevenían no se dejara seducir y ablandar por César, y antes huyera los agasajos y obsequios de un tirano que los prodigaba, no por hacer honor á su virtud, sino para debilitar su firmeza y enervar su aliento.

No dejaba César de tener algunas sospechas, ni carecia del todo de antecedentes contra él; sino que si por una parte temia su carácter firme, su opinion y sus amigos, por otra confiaba en sus costumbres. Y en primer lugar denunciándosele que Antonio y Dolabela intentaban novedades, dijo que no le daban cuidado aquellos obesos y bien mantenidos, sino los otros descoloridos y flacos, aludiendo á Bruto y Casio. Acusando despues ante él algunos á Bruto, y previniéndole que se guardara de él, se tocó el cuerpo con la mano y dijo: ¿Pues qué os parece que Bruto no ha de esperar esta carne? queriendo dar á entender que despues de él á nadie correspondia como á Bruto tener un poder igual al suyo; y en verdad que habria llegado á ser el primero sin disputa, si contento con ser por algun tiempo el segundo, hubiera dejado que decayera su poder y se marchitara la gloria de sus triunfos. Mas Casio, hombre iracundo y que mas bien era personalmente enemigo de César, que por la república ene-

migo del tirano, le acaloró é inflamó; y se dice que Bruto llevaba á mal aquel imperio, y Casio aborrecia al Emperador. Entre las varias quejas que contra él tenia, era una el haberle quitado unos leones que habia prevenido para sus juegos edilicios, y César se los apropió habiéndolos ocupado en Megara cuando aquella ciudad fue tomada por Caleno. Estas fieras se dice que fueron una gran calamidad para los Megarenses, porque cuando ya la ciudad era entrada, abrieron las puertas y cerrojos y desataron las cadenas para que aquellos leones detuvieran á los enemigos; pero las fieras se volvieron contra ellos mismos, y como corriesen sin armas, los despedazaron; de manera que aun para los enemigos fue aquel un espectáculo terrible.

Respecto de Casio, esta dicen que fue la principal causa para conjurar contra César; en lo que no tienen razon, porque desde el principio habia en la masa de la sangre de Casio un odio y rencor ingénitos contra toda casta de tiranos, como lo manifestó siendo todavía niño yendo á la misma escuela con Fausto el hijo de Sila; pues como este le hablase con jactancia entre los demas muchachos celebrando la monarquía de su padre, levantándose Casio le dió de bofetadas. Querian los tutores y parientes de Fausto reclamar sobre este hecho y perseguirlo en justicia; pero se opuso Pompeyo, y haciendo comparecer á los dos niños, se informó de lo sucedido, y se refiere que allí mismo dijo Casio: Mira, Fausto, atrevete á proferir aquí aquella expresion con que me irritaste, para que otra vez te vuelva á bañar los dientes en sangre. ¡Este era el temple de Casio! En cuanto á Bruto, eran muchas las expresiones de sus amigos, y muchos los dichos y escritos de los ciudadanos con que le provocaban y excitaban á la empresa. Porque en la estatua de su progenitor Bruto, el que destruyó la autoridad real, escribian: ¡Así existieras ahora, Bruto! y ¡Ojalá vivieras, Bruto! y el tribunal del mismo Bruto, que era á la sazón pretor, se encontraba por las mañanas lleno de escritos que decian: Bruto, ¿duermes? en verdad que tú no eres Bruto. La causa de todo esto eran los aduladores de César, excogitando en su obsequio honores propios para concitar envidia,

y poniendo por la noche diademas á sus estatuas con el fin de mover á la muchedumbre á apellidarle Rey en lugar de dictador; y resultó lo contrario, como con la mayor puntualidad lo hemos escrito en la vida de César.

Habiendo Casio hablado á sus amigos, todos se mostraban prontos si Bruto se ponía al frente, porque la empresa no tanto necesitaba de manos y de arrojo, como de la opinion de un hombre tal cual era Bruto, para que la diera valor y la hiciera parecer justa con solo el hecho de concurrir á ella; cuando de lo contrario, en la ejecucion estarian mas expuestos á ser perseguidos, porque se creía que Bruto no se habria negado á aquel hecho en caso de tener una causa honesta. Habiéndole hecho fuerza estas reflexiones, se fué á ver á Bruto por primera vez despues de la diferencia que hemos referido; y habiéndose reconciliado y saludado afablemente, le preguntó, ¿si para el dia primero de Marzo tenia resuelto concurrir al Senado? porque habia llegado á entender que los amigos de César se disponian á hacer proposicion entonces acerca del reinado de este. Respondióle Bruto que no concurriria, y replicándole á esto Casio: ¿Y si nos llamasen? entonces dijo Bruto: No seré yo el que calle, sino que emplearé las manos y pereceré antes que la libertad. Alentado con esto Casio: ¿Qué Romano mirará tranquilo, le dijo, que tú perezcas? ¿Es posible, Bruto, que así te desconozcas? ¿Te parece que son los tejedores ó los taberneros los que arrojan en tu tribunal aquellos escritos, y no los primeros y mas aventajados ciudadanos; los cuales si de los otros pretores esperan donativos, espectáculos y gladiadores, de tí reclaman como una deuda hereditaria la ruina de la tiranía, dispuestos á todo por tí, si te muestras cual esperan y cual es la opinion que de tí tienen. Abrazó con esto á Bruto, y despidiéndose de él, se fueron cada uno en busca de sus amigos.

Habia entre los amigos de Pompeyo un tal Quinto Ligario, á quien César habia absuelto de la causa contra él intentada con este motivo. No estando agradecido por la absolucion que consiguió, sino resentido siempre por el origen que la acusacion tuvo, era enemigo de César, y uno de los

mas íntimos amigos de Bruto; y habiendo ido este á verle con ocasion de hallarse enfermo: ¡O Ligario, le dijo, en qué ocasion estás malo! y él levantándose al punto apoyado en el codo, y tomándole la diestra: Si tienes, ó Bruto, le dijo, algun pensamiento que sea digno de tí, en este caso estoy bueno.

En consecuencia de esto iban tanteando con cuidado á aquellos de sus conocidos que les inspiraban mayor confianza, comunicándoles el secreto y asociándolos á la empresa, para lo que hacian eleccion, no precisamente de los mas amigos, sino de los que sabian que eran mas resueltos, teniendo al mismo tiempo opinion de virtud, y de que miraban con desprecio la muerte. Por esta causa se guardaron de Ciceron, que en cuanto á fidelidad y en cuanto á afecto era el primero para todos ellos, no fuera que faltándole por carácter la osadía, y habiendo adquirido antes de tiempo la circunspeccion y cautela de los viejos, que le hacia proceder en todo con la mayor cuenta, aspirando á una absoluta seguridad, embotára los filos de su resolucion en un negocio que lo que requeria era presteza. Entre otros de sus amigos tambien dejó Bruto á un lado á Estatilio el epicureo y á Favonio el admirador de Caton, porque habiéndoles hecho alguna remota indicacion, y aun esta por rodeos, en la conversacion familiar, y tratando asuntos de filosofía, Favonio le respondió que la guerra civil era peor que una monarquía ilegítima; y Estatilio le expresó que al hombre sabio y de juicio no le estaba bien ni le incumbía exponerse á nada, ni perder su quietud por los necios y malos. Hallábase presente Labeon, y contradijo á uno y á otro, y Bruto, haciendo como que tenia la cuestion por difícil y de no expedita resolucion, calló por entonces; pero luego participó á Labeon el proyecto. Entró en él con calor, y despues les pareció conveniente solicitar y atraer al otro Bruto, llamado por sobre nombre Albino, pues aunque de suyo no era esforzado ni de grande ánimo, contaba con el apoyo de un gran número de gladiadores que estaba manteniendo para darlos en espectáculo á los Romanos, y gozaba ademas de la confianza de César. Habiéndole hablado primero Casio y Labeon, nada

les respondió; pero yendo él en seguida á buscar á Bruto, enterado de que este estaba al frente de la empresa, se ofreció á concurrir á ella con la mas pronta voluntad, habiendo sido la reputacion de Bruto la que atrajo á los mas y á los de mayor crédito y opinion de virtud; y sin embargo de que nada juraron, de que no se dieron seguridades de unos á otros, ni intervino ningun sacrificio, de tal manera guardaron el secreto en su pecho, lo callaron y reservaron, que se hizo increíble su designio, á pesar de que los agüeros, los prodigios y las víctimas de los Dioses lo estaban anunciando.

Veia Bruto que pendia de él lo mas excelente de Roma en saber, en linaje y en virtud, y se le representaba todo el peligro; mas con todo, fuera de casa procuraba encerrar dentro de sí mismo su cuidado, y componer su semblante. Dentro de ella y por la noche ya no era el mismo, sino que de una parte la grandeza del cuidado le descubria contra su voluntad durante el sueño, y de otra, embebido en la idea y agitado de dudas, no podia ocultar á su mujer, compañera de su lecho, que traía una inquietud desacostumbrada, y que revolvía en su ánimo algun proyecto peligroso y difícil. Era Porcia hija, como hemos dicho, de Caton, y se casó con ella Bruto su primo, no de doncella, sino de viuda, cuando todavía era jovencita, muerto su primer marido, habiéndole quedado de este un niño de corta edad llamado Bibulo, del cual se conserva todavía hoy un librito pequeño con el título de *Cosas memorables de Bruto*. Siendo Porcia mujer dada á la filosofía, amante de su marido y llena de prudencia y cordura, no se resolvió á preguntar á este acerca de su secreto, sin haber hecho antes en sí misma la siguiente prueba. Tomó una navaja de aquellas con que los barberos cortan las uñas, y habiendo hecho retirar del dormitorio á todas las criadas, se hizo en el muslo una cortadura profunda, tanto que fue muy grande el flujo de sangre que se siguió, y se le levantaron vivos dolores y violenta fiebre de resulta de la herida. Angustiábase Bruto y lo sentía profundamente, mientras Porcia en lo mas recio de su incomodidad le habló de esta manera: «Yo, Bruto siendo

hija de Caton vine á tu casa, no como las concubinas á participar solo de tu lecho y de tu mesa, sino á participar tambien de tus satisfacciones y de tus pesares. Por lo que hace á tí, no tengo de que quejarme; pero de mi parte ¿qué prueba ó qué retribucion te puedo dar, si ni siquiera divides conmigo tus secretos, y un cuidado que al parecer exige fidelidad? Bien sé que la naturaleza femenil es débil para poder guardar secreto; pero alguna fuerza tienen, ó Bruto, la buena educacion y el honesto trato. En mí con ser hija de Caton se reúne el ser mujer de Bruto; y si antes podia desconfiar de poder corresponder á estos títulos, ahora ya estoy cierta de que aun al dolor soy invencible:» y al decir esto le muestra la herida y le refiere la prueba que habia hecho. Quedó Bruto pasmado, y tendiendo las manos pidió á los Dioses le concedieran salir bien de la empresa, y comparecer como marido digno de Porcia, tomando después disposicion para la curacion de aquella heróica mujer.

Convocado un Senado, al que no se dudaba asistiria César se determinaron á que en él fuese la ejecucion, porque allí podrian estar juntos sin hacerse sospechosos, y se hallarian presentes los mejores y mas distinguidos ciudadanos; y efectuado aquel gran designio, al punto declararían restablecida la libertad. Hasta el lugar parecia designado por los Dioses, y que les era favorable, porque era un pórtico unido al teatro con asientos alrededor, en el que habia una estatua de Pompeyo erigida allí por la república, cuando este embelleció aquel sitio con los pórticos y el teatro. Para aquel pórtico se habia convocado el Senado que habia de tenerse á mitad de Marzo, en el dia que es llamado los Idus por los Romanos; de manera que parece que algun genio condujo allí á César para ser inmolado en desagravio á Pompeyo. Llegado este dia, Bruto salió de su casa con un puñal en la cinta, sin que lo supiese otro que su mujer: los demas, habiéndose juntado en casa de Casio, acompañaron á la plaza á un hijo suyo que iba á tomar la toga viril. Desde la plaza pasaron todos al pórtico de Pompeyo, donde hacian tiempo, porque se decia que César iba á venir luego al Senado. De lo que allí se hubiera admirado cualquiera que estuviese en

lo que iba á suceder, seria de la serenidad é imperturbabilidad de aquellos hombres, porque teniendo muchos por ser pretores que celebrar audiencia, no solo oyeron tranquilamente, como si nada llamase su atención, á cuantos acudieron y se presentaron, sino que dieron unas sentencias arregladas y cuales correspondía, viéndose que se habian enterado con cuidado de los negocios. Hubo un ciudadano que no queriendo sujetarse á pagar una multa que se le habia impuesto, apeló á César, gritando y alborotando acaloradamente; y Bruto vuelto á los que se hallaban presentes: A mí, les dijo, César no me quita ni me quitará que determine conforme á las leyes.

Sucedieronles sin embargo muchos accidentes propios para hacer que se sobresaltasen; el primero, haberse tardado César hasta estar muy adelantado el dia, siendo detenido en casa por su mujer sin resolverse á hacer las libaciones, é impedido para salir por los agoreros. Segundo, llegándose uno á Casca, que era de los conjurados, le tomó la mano y le dijo: Tú bien te has guardado de mí, ó Casca, y no has querido decirme nada; pero Bruto me lo ha manifestado todo. Como Casca se quedase pasmado, echándose el otro á reir: ¿De dónde amigo, le dijo, has enriquecido tan pronto para aspirar á ser edil? Tan expuesto estuvo Casca á deslizarse, y con la duda hacer traicion al secreto! Al mismo Bruto y á Casio los saludó con la mayor expresion un varon senatorio llamado Popilio Lena, y hablándoles pasito al oido: Hago votos con vosotros, les dijo para que tenga próspero fin lo que meditais, y os aconsejo que no deis largas, porque no deja de divulgarse vuestro intento; y dicho esto se retiró, haciéndoles sospechar que ya la cosa era pública. En esto corrió uno á Bruto desde su casa, anunciándole que su mujer se moria, porque Porcia agitada con la idea de lo que sucederia, y no pudiendo llevar un cuidado de tal tamaño, con dificultad podia estar queda en casa, y saliendo fuera de sí á cualquiera voz ó cualquiera ruido, á manera de las que estan poseidas de los furioses báquicos, á cuantos llegaban de la plaza les preguntaba: ¿Qué hace Bruto? y continuamente despues de estos estaba enviando

otros. Por último, como pasase mucho tiempo, ya su naturaleza no pudo resistir mas, sino que se quebrantó y abatió, faltándole el espíritu en aquellas angustias; y antes de poder retirarse á su cuarto, sentada como estaba en el patio entre las criadas, la sobrecogió un desmayo con una violenta convulsion. Mudósele asimismo el color y perdió enteramente la voz, con lo que aquellas levantaron el grito, y acudiendo con presteza los vecinos á la puerta de casa, corrió al punto el rumor y la fama de que era muerta; pero recobróse luego, y vuelta en sí, las mujeres que tenia á su lado pensaron en los medios de que se recobrase; mas Bruto, aunque se turbó como era natural con la voz que llegó á sus oidos, no por eso abandonó el interes comun por acudir al propio, arrastrado de su particular afecto.

Anuncióse en esto que llegaba César conducido en litera, porque desalentado con lo que habian significado las victimas, iba en ánimo de no resolver negocio ninguno de entidad, sino diferirlos, pretextando hallarse indispuesto. Arri mósele al apearse de la litera aquel mismo Popilio Lena que poco antes habia manifestado á Bruto y Casio que hacia votos porque acometieran y salieran bien de su empresa, y se puso á hablar con él por bastante tiempo, teniéndole parado y atento á lo que le decia. Los conjurados, si así se les puede llamar, no percibian lo que hablaba; pero conjeturando por lo que tenian en su imaginacion, que aquel coloquio era una denuncia de su proyecto, quedaron enteramente desconcertados; y mirándose unos á otros, se advertia en sus semblantes que miraban como indispensable el no aguardar á que los prendieran, sino quitarse la vida por su propia mano. Casio y algunos mas se observaba que por debajo de la toga empuñaban las espadas; pero Bruto notando que la disposicion y actitud de Lena era de hombre que rogaba con ahinco, y no de quien denunciaba, aunque nada dijo, porque se hallaban entre otros muchos, con mostrar un semblante alegre tranquilizó á Casio y á los demas. De allí á poco Lena besó la mano á César, y se retiró, no dejando duda con esto de que le habia hablado de sí mismo, ó de cosa que le pertenecia.

Al entrar el Senado en el salon, los demas conjurados se colocaron alrededor de la silla curul de César, como si tuvieran algo que tratar con él, y se dice que Casio volviéndose á la estatua de Pompeyo, imploró su auxilio como si le oyera, mientras Trebonio saludando á Antonio, y trabando conversacion con él, le detuvo á la parte de afuera. Al entrar César se levantó el Senado; pero luego que se sentó, aquellos le rodearon en tropel, enviando delante á Julio Cimbro con pretexto de pedirle por un hermano desterrado; y todos intercedian con él, tomando á César las manos y besándole en el pecho y la cabeza. Al principio desechó sus súplicas; pero viendo que no desistian, se levantó con enfado, y entonces Julio retiró con entrambas manos la toga de los hombros, y Casca fue el primero, porque se hallaba á la espalda, que desvainando el puñal le dió una herida poco profunda en el hombro. Echóle mano César á la empuñadura, y dando un grito le dijo en lengua latina: ¿Malvado Casca, qué haces? y este llamando á su hermano, le pedia en griego que le socorriese. Herido ya de muchos, miró en rededor queriendo apartarlos; pero cuando vió que Bruto alzaba el puñal contra él, soltó la mano de que tenia asido á Casca, y cubriéndose la cabeza con la toga, entregó el cuerpo á los golpes. Hiriéronle sin compasion, empleándose contra su persona muchos puñales, con los que se lastimaron unos á otros, tanto que Bruto recibió una herida en una mano, queriendo concurrir á aquella muerte, y todos se mancharon de sangre.

Muerto César de esta manera, Bruto saliendo en medio del salon quiso hablar para contener al Senado, procurando tranquilizarle; pero este huyó en desórden, y en la puerta hubo gran confusion, atropellándose unos á otros sin que nadie los persiguiese ni los impeliese, porque los conjurados tenian firmemente resuelto no dar muerte á ninguno otro, sino llamar y restituir á todos los ciudadanos á la libertad. Y al principio, cuando empezaron á tratar del proyecto, á todos los demas les habia parecido conveniente acabar despues de César con Antonio, hombre inclinado á la tiranía, insolente, y que se habia formado cierto poder por medio de

su trato y familiaridad con los soldados; y mas que con su osadía natural y su ambicion reunia entonces la dignidad del consulado, siendo cólega de César; pero Bruto se opuso á este pensamiento, alegando primero que no era justo, y recurriendo en segundo lugar á la esperanza de que podia mudar, porque no desconfiaba de que siendo Antonio de buena indole, ambicioso y amante de gloria, quitado el estorbo de César, querría cooperar á la libertad de la patria, excitado á lo honesto con el ejemplo y por la emulacion con ellos. De este modo salvó Bruto á Antonio, el cual en aquellos primeros instantes de miedo huyó disfrazado con el traje de un hombre plebeyo. Bruto y sus socios corrian al Capitolio con las manos ensangrentadas, y mostrando los puñales desnudos llamaban á los ciudadanos á la libertad. Al principio hubo en la ciudad lamentos, y las carreras que con motivo del suceso no pudieron menos de verificarse, aumentaron la turbacion y desórden; pero cuando se vió que no habia ninguna otra muerte, ni ningun robo de las cosas que estaban á mano, subieron confiados en busca de los de la conjuracion al Capitolio los senadores y muchos de los de la plebe. Habiéndose juntado un gran concurso, habló Bruto al pueblo en términos propios para atraerle, y convenientes á lo que se habia ejecutado. Como aplaudiesen y les gritasen que bajaran, bajaron sin recelo á la plaza los demas juntos en pos unos de otros; pero á Bruto desde lo alto lo condujeron en medio con gran pompa muchos de los principales, hasta colocarlo en la tribuna en el sitio que se llama los *Rostros*. A este espectáculo la muchedumbre, aunque de muchas castas y con disposicion de tumultuarse, tuvo respeto á Bruto, y esperó con órden y en silencio á ver lo que era aquello; y habiéndose presentado á hablar, prestaron atencion á lo que decia; pero mostraron luego que no era de su agrado lo sucedido, pues habiendo empezado á hablar Cina acusando á César, se mostraron irritados y llenaron de improperios á Cina hasta tal punto, que tuvieron que retirarse otra vez al Capitolio. Allí, temiendo Bruto que se les sitiase, despidió á los ciudadanos mas virtuosos, que eran los que lo habian acompañado, por no considerar justo que

no habiendo tenido parte en la culpa, la tuvieran en el peligro.

Con todo, reunido al otro día el Senado en el templo de la Tierra, como Antonio, Planco y Ciceron propusiesen una amnistía y concordia, pareció conveniente, no solo ofrecer la impunidad á los conjurados, sino que además los cónsules consultasen acerca de los honores que habian de concedérseles; y hechos estos acuerdos, se disolvió el Senado. Envió en seguida Antonio á su hijo como en rehenes al Capitolio, con lo que bajaron Bruto y los suyos saludándose y abrazándose todos mutuamente confundidos unos con otros; y á Casio se le llevó Antonio á cenar á su casa, á Bruto Lépido, y de los demas cada uno á aquel con quien tenia mayor amistad, ó á quien miraba con mas inclinacion. Congregado otra vez al día siguiente al amanecer el Senado, en primer lugar se decretaron honores á Antonio por ser quien cortaba y sufocaba el gérmen de la guerra civil; y despues de prorumpir todos los presentes en alabanzas de Bruto, se procedió á la distribucion de las provincias, decretándose á Bruto la isla de Creta, á Casio el Africa, á Trebonio el Asia, á Cimbro la Bitinia, y al otro Bruto la Galia confinante con el Pó.

Tratóse despues de esto del testamento y de las exequias de César; y pretendiendo Antonio que aquel se leyese, y que el entierro no fuese oculto y sin la debida pompa, para no dar nueva ocasion de incomodidad al pueblo, Casio se le opuso con ardor; pero Bruto cedió y se prestó á su deseo, cometiendo en esto una nueva falta á juicio de todos, pues ya con haber conservado la vida á Antonio, se creyó que habia creado á la conjuracion un enemigo poderoso y malo de reducir, y que ahora con haber condescendido en que las exequias se hicieran segun el deseo de Antonio, habia consumado el anterior yerro. Porque en primer lugar, como por el testamento se hubiesen de dar setenta y cinco dracmas á cada uno de los Romanos, y se hubiesen legado al pueblo los huertos que tenia Cesar al otro lado del rio, donde está ahora el templo de la Fortuna, fue grande el amor y deseo que de él se excitó en los ciudadanos; y despues, traído el

cadáver á la plaza, como Antonio hiciese su elogio segun costumbre, y viese al recorrer sus hechos que la muchedumbre se mostraba conmovida, queriendo inclinarla á la compasion, tomó en sus manos la túnica de César empapada en sangre, y la manifestó desplegada, haciendo que apareciese el gran número de las heridas. Con esto ya todo se puso en desórden, porque empezaron unos á gritar que se diera muerte á los matadores, y arrebatando otros, como antes se habia hecho con el tribuno de la plebe Clodio, los escaños y mesas de las oficinas, los amontonaron y levantaron una grande hoguera, sobre la que pusieron el cadáver, quemándole y como consagrándole en medio de muchos lugares santos, inaccessibles é inviolables. No bien se encendió el fuego, cuando unos por una parte y otros por otra, tomando tizones á medio quemar, corrieron á las casas de los matadores para incendiarlas; pero estos fortificándose muy bien, evitaron entonces el peligro. Habia un tal Cina, poetá, el cual no solo no habia tenido parte alguna en la conjuracion, sino que mas bien era de los amigos de César. Habia tenido un ensueño en el que le parecia que convidado por César á la cena, se habia excusado; pero este se habia empeñado y precisádole á asistir, y que por fin tomándole de la mano le habia introducido á un sitio anchuroso y oscuro, al que con repugnancia y susto le habia seguido. Despues de este ensueño hizo la casualidad que en aquella noche le dió calentura, y sin embargo siendo á la mañana el entierro, creyó que seria reparable el no concurrir, por lo que se metió entre la muchedumbre que ya andaba alborotada. Viéronle, y teniéndole por otro del que era, pues creyeron fuese el que pocos dias antes habia llenado de impropiedades á César en el Senado, le hicieron pedazos.

Despues de la mudanza de Antonio, esta disposicion del pueblo fue la que mas cuidado dió á Bruto y los suyos, obligándoles á salir de la ciudad y á detenerse desde luego en Ancio, dando lugar á que se pasase y dispasase el encono para volver despues á Roma, lo que esperaban se verificaria pronto en una muchedumbre en quien el impetu de la ira es inconstante y momentáneo, y mas teniendo de su parte al

Senado, que dejando á un lado á los despedazadores de Cina, habia hecho formar causa y poner presos á los que se habian dirigido contra las casas de los otros. Agregábase á esto que disgustado ya el pueblo porque Antonio casi se habia erigido en monarca, echaba menos á Bruto, de quien aguardaba que concurriria á dar en persona los juegos de que con motivo de su pretura era deudor á la ciudad; pero habiendo este entendido que muchos de los que habian militado con César, y habian recibido de su mano tierras y ciudades, le armaban asechanzas, introduciéndose á este efecto en partidas pequeñas en la ciudad, no se atrevió á venir, y el pueblo gozó de los espectáculos en su ausencia, sin que por eso se perdonase gasto ó dejasen de ser brillantes; porque teniendo compradas muchas fieras, dió orden de que nada se reservase ú omitiese, sino que se hiciera uso de todo; y bajando él mismo á Nápoles, habló por sí á muchos de los representantes, y acerca de un tal Canucio, que en los teatros gozaba entonces de la mayor fama, escribió á sus amigos para que trataran con él y se lo agenciasen, porque no era permitido hacer violencia á ningun Griego. Escribió tambien á Ciceron, rogándole que no dejase de asistir á los juegos.

Cuando se hallaban los negocios en este estado, sobrevino otra mudanza con la llegada de César, porque siendo hijo de una sobrina del dictador, lo adoptó este por hijo suyo, y lo nombró su heredero. Hallábase en Apolonia cuando fue muerto César, entregado al estudio de la elocuencia, y ademas esperaba allí á este que tenia resuelto marchar muy en breve contra los Partos. Luego que tuvo noticia de aquel suceso se vino á Roma, y tomando el nombre de César por principio de hacer suya la muchedumbre, con esto y con distribuir á los ciudadanos el dinero que les habia sido legado, se formó un partido contra el de Antonio; y haciendo otros donativos, ganó y atrajo el suyo á muchos de los que habian militado bajo César. Como Ciceron por su odio contra Antonio favoreciese los conatos de César, Bruto le reprendió ásperamente, escribiéndole que Ciceron no esquivaba tener un señor, sino que lo que temia era un señor que le

aborreciese, y trabajaba por la eleccion de una servidumbre mas benigna, escribiendo y diciendo que César era humano: « Y nuestros padres, añadía, no podian sufrir señores por mas benignos y suaves que fuesen; y que si bien entonces no se determinaba á hacer la guerra, tampoco á estarse absolutamente en ocio; pues lo que tenia firmemente resuelto era no ser esclavo, admirándose de que Ciceron temiese la guerra civil y sus peligros, y no admirase con horror una paz ignominiosa é indigna, pidiendo por salario de derribar á Antonio el tener á César por tirano.»

Así hablaba Bruto en sus primeras cartas; pero cuando ya todo quedó dividido entre César y Antonio, y los ejércitos se vendian como en subasta al que mas daba, desesperando enteramente de los negocios, determinó dejar la Italia, y á pie se encaminó á Elea en busca del mar por la Lucania. Debiendo Porcia regresar desde allí á Roma, quería ejecutarlo sin noticia de Bruto, por la gran pena que le causaba; pero un cuadro le hizo traicion, y la descubrió en medio de que era mujer de mucho espíritu, porque contenia un suceso griego, que era la despedida de Hector, llevándose consigo Andrómaca el hijo, y quedándose con los ojos fijos en aquel. La representacion de este acto tan tierno le arrancó á Porcia las lágrimas, y yéndosele todo el dia en mirarle, prorumpia en sollozos; y como Acilio, uno de los amigos de Bruto, recitase aquellos versos de Andrómaca á Hector:

Tú me eres, Hector, padre y madre cara,
Y amado hermano, y floreciente esposo;

dijo sonriéndose Bruto: Pues en cuanto á mí, no cuadra replicar con lo que respondió Hector:

Tú á las criadas de la rueca y telas
La diaria tarea les reparte;

porque si le falta á Porcia el cuerpo para igualarnos en hechos de valor, en su ánimo se sacrifica por la patria al par de nosotros. Así nos lo dejó escrito el hijo de Porcia, Bibulo.